

Unas palabras a modo de prólogo:
Walmart no cierra jamás,
como el corazón de un poeta

Soy un hombre enamorado y contradictorio y voluble, y con el paso del tiempo estas características de mi personalidad se han acentuado. El libro que tiene el lector entre sus manos es la crónica de mis estancias en ciudades estadounidenses, especialmente en ciudades del Midwest. Es también la crónica, en alguna medida, de un enamoramiento pasajero, de una fascinación que se entretiene contemplando la alta y mítica combustión cultural del capitalismo, de un sentimiento de vergüenza o de inferioridad arraigado en mi condición latina, de una huida española y de un recelo inconcreto. Adoro los Estados Unidos, tal vez porque adoro la vida en la tierra. Pero adorar no es amar. Amar, solo amaría el paraíso. Y no es posible el paraíso en la tierra.

La democracia americana hizo creer que sí, que era posible el paraíso en la tierra; esa es la base política de los Estados Unidos, un cimiento idealista para poder sujetar un gigantesco edificio cuya última aspiración es desco-

nocida. De eso me di cuenta un día en la biblioteca de la Universidad de Iowa: nadie sabe hacia dónde va América. Tiene gracia ese desconocimiento en un país que está obsesionado por el control de todas las cosas que existen sobre la faz de la tierra. Esa obsesión americana por la seguridad y por el control a día de hoy, cuando escribo este prólogo, casi me parece algo tierno, ingenuo, inocente. Es una obsesión antigua, cuyo origen aún es aquello que se llamó la Guerra Fría, cuando el mundo se lo disputaban dos naciones hegemónicas. Pero sí, América está abierta de par en par a lo desconocido, y lo desconocido tiene un profeta, que no es otro que ese ser salido de la profundidad del Midwest, ese ser llamado Donald Trump. Porque si Trump gana las elecciones, seguro que donde más votos cosechará será en la América profunda, en el Medio Oeste, donde estoy yo ahora mismo. No en Nueva York ni en California, no en la modernidad, sino en las praderas remotas sin mar. No en Chicago. No en Los Ángeles.

Nadie sabe hacia dónde caminan los Estados Unidos porque nadie sabe muy bien hacia dónde camina la vida política en la tierra.

Desde el siglo XIX sabemos que llamamos vida y existencia al tránsito político de nuestro cuerpo sobre las sociedades humanas. De ahí que a veces uno tenga la sensación de que no ha vivido. De ahí también la creación del mundo zombi. Es verosímil fantasear con que en Estados Unidos vivan en este instante trescientos veinticuatro millones de zombis. El zombi no es una creación de las grandes urbes estadounidenses, el zombi es hijo de la vastedad de un país, de una desesperación espacial que contiene más de nueve millones de kilómetros cuadrados. En

un espacio inabarcable, cabe la posibilidad de que aún vivan especies remotas, como los zombis, los vampiros, los lunáticos, los psicópatas, los extraterrestres o, simplemente, los seres escondidos. Yo quise ser un ser escondido, un ser huido de su origen materno, de ese país llamado España, que siempre acaba confuscando mi vida.

Tal vez para que desapareciera el zombi del imaginario colectivo americano, Estados Unidos debería tener unos seiscientos millones de habitantes. Fue lo primero de lo que me di cuenta cuando aterricé en el Midwest: aquí hay poca gente y aquí las grandes praderas y los bosques y los ríos dominan la escena. Cuando cae la noche en el Midwest lo hace de una forma apocalíptica, pues llena de oscuridad las carreteras, las casas, la vida. Si la caída de la noche te alcanza conduciendo tu automóvil en alguna autopista del Midwest, puedes llegar a sentir una soledad primitiva, con un añadido de terror, especialmente si te adelantan interminables camiones que brillan en la oscuridad de la noche y que parecen conducidos por fantasmas del infierno, como ocurría en aquella película de Spielberg, *El diablo sobre ruedas*. Te puedes preguntar incluso por la vida de esos conductores, y te encontrarás con una respuesta construida sobre el viento, porque esos conductores no son humanos, solo son zombis, zombis enamorados de las praderas.

Los pueblos (esta palabra es tal vez inadecuada) o las pequeñas ciudades del Midwest son barrios residenciales conectados unos con otros por una maraña de carreteras locales. Cada barrio tiene su categoría, y su simbología económica. La casa es el fundamento moral de la vida. No la calle. Pero la suma de casas no contribuye a la crea-

ción de la ciudad. Como la suma de zombies no consigue crear la nación zombi. No hay ciudad, hay casas donde la gente vive escondida. Gigantescas casas donde se rinde culto a la soledad.

Decorar la soledad con abalorios o electrodomésticos envidiables, eso es la vida en el Midwest.

No existe la calle. De la abolición de la calle a la aparición del zombi hay un segundo de distancia. Hay grandes edificios, autopistas, centros comerciales, pero no hay calles.

No existen las calles, pero sí existen los supermercados. Muchos supermercados están abiertos las veinticuatro horas del día. Para mí eso es maravilloso, fantástico, me llena de alegría. Poder ir a Walmart a las tres de la madrugada a mirar la materia de la que está hecho este mundo: comida, fruta ya pelada y metida en recipientes transparentes, café de cien mil marcas, consistentes bandejas con filetes de carne de un grosor de cinco centímetros, cuchillas de afeitar, colonias, *tablets*, telefonía móvil, televisiones, muebles, bols, pantalones, sartenes, cuchillos, zapatos, relojes y sombreros.

Walmart no cierra jamás, como el corazón de un poeta.

A la abolición de las calles Estados Unidos añadió la supresión de un sentido: el del olfato. He visitado edificios públicos, habitaciones de hotel, restaurantes, casas privadas, pasillos, escaleras, salas de teatro, ascensores, lavabos, apartamentos, *lofts*, bares, tiendas, centros comerciales, cines, aulas de universidad, despachos, librerías, mercados, donde el olor reinante estaba marcado por una degeneración del aire. No era mal olor, en absoluto. Era, como digo, una protesta del aire, una inflamación del oxí-

geno, un olor a cerrado. Olor húmedo y a cerrado, ese es el olor de América. Habrá una América *luxury* que olerá a Chanel y a rosas, pero la clase media americana generó su propio olor. Es un olor que procede del uso de la madera como material de construcción, y de las moquetas históricas, y de las ventanas cerradas para siempre. Es el olor de las casas grandes, imposibles de limpiar, el olor de los *basements*, donde nacen la humedad y las arañas y las hormigas y la noche de Halloween.

Es el olor de Estados Unidos.

Si algo puede servir de resumen final de la arquitectura de clase media americana, ese algo es el *basement*. He visto unos cuantos. En todos me sentí raro. No incómodo exactamente, sino confundido. El terror americano también nace de los *basements*.

Los *basements* son un espacio arquitectónico difícil de definir. En teoría, equivalen a un sótano, o a una bodega. Pero son mucho más complejos. Pues en realidad son el inconsciente colectivo de la clase media americana. Un sitio en donde guardar todo lo que no sirve. Son un foco de putrefacción material y moral. No tendría un *basement* ni por todo el oro del mundo. Son un símbolo del mal y de la violencia, encriptados en todo hogar americano de clase media que se precie. Es el recordatorio de las cavernas, el lugar del esqueleto de la bisabuela, el lugar de los insectos, la puerta a la muerte, la puerta a la otra dimensión donde todo es mucho peor. Mientras termino este libro en Iowa City, por las noches me he dedicado a ver toda la primera temporada de la serie televisiva *Stranger Things*. La serie se basa en la afirmación de que el espacio real, arquitectónico y urbanístico de la clase media ame-

ricana no tiene alternativa. Pese a lo miserables o cutres que son las casas de los protagonistas (especialmente la de Joyce Byers, madre de un niño a quien se ha tragado la oscuridad, y la de Jim Hopper, jefe del departamento de policía de Hawkins), la alternativa es el infierno. Es una serie entre el terror y la ciencia ficción que explora la posibilidad de una realidad paralela a la nuestra. La serie está ambientada en 1983, con la Guerra Fría aún enfriando el mundo. Pero lo que me parece destacable de la serie es esa negación de cualquier alternativa a la casa americana. Estados Unidos se esfuerza mucho en ir afianzando su modo de vida como país al sugerir desde el cine, la literatura y la televisión que cualquier alternativa acabaría en el terror.

Los *basements* son el recordatorio de lo que está debajo de la casa. El *basement* es la humedad catastrófica. La bici oxidada. El armario purlento. El espejo roto. El olor errático e insalubre. El interruptor de la luz humedecido. Los países, como los seres humanos, huelen.

Comparamos países porque el ser humano es un ser comparativo y porque la civilización es comparativa y porque el mercado es comparativo. Intentamos buscar la excelencia. La excelencia en la vida laboral, en la vida sentimental y en la vida económica.

Este libro es también comparativo. Compara países y culturas y mitologías. Habla de mis estancias en ciudades americanas, y en lo más hondo comparo la vida que he llevado en esas ciudades americanas con la vida que llevé en España. Pretende una refundación de la propia historia de mi vida, como si mi vida necesitara una segunda oportunidad.

Es decir, comparo el que soy con el que fui.

No se puede ser español toda una vida, eso pienso ahora, cuando se acerca el momento de dar este libro a la imprenta. No se puede ser francés ni alemán ni italiano ni inglés ni ruso ni polaco ni sueco ni húngaro ni noruego ni portugués toda una vida. La reinención es un placer necesario.

Estados Unidos me hizo ver que mi desafección por España podría tener un fondo de nobleza, de dignidad, de necesidad, o de legítima defensa; que podría ser una desafección razonable, ineludible. No a causa de los españoles, que los pobres no tienen nada que ver con España, y a quienes yo siempre quise y amé, sino de las élites españolas y de la fabricación de su cultura canónica y de su mitología literaria, en donde nunca me sentí cómodo. He dicho élites y debería haber dicho castas. Castas convencionales que acabaron produciendo un país previsible o anestesiado, un país con más pasado que futuro, pero con un pasado imprecisable y oligarca, siempre huyendo de la imaginación carnavalesca y de la celebración de la vida, de la celebración vulgar de la vida, que es la que invariablemente fue mal vista, un país frenéticamente católico aunque el catolicismo no exista ya en España, o un país donde el catolicismo se transformó en una izquierda que repudiaba el enriquecimiento de las clases medias pero adoraba su propio enriquecimiento oligárquico, un país en el que nadie está contento, ni siquiera están contentos aquellos a quienes les va muy bien y triunfan, un país en donde ni la oligarquía intelectual, política y empresarial está radiante o satisfecha, un país desconfiado y maledicente, un país que ansía la destrucción del otro, un país

al que le gusta humillar a los que considera fracasados, un país lleno de leyes y rigores no escritos, y por tanto inconfesables. Un país en el que la idea de fracaso frecuenta ciudades, ríos, calles, bares, librerías, iglesias, universidades, periódicos, ayuntamientos, cárceles, vertederos. Un país de la confiscación de los corazones libres. Un país donde intentar decir la verdad estaba penado con la marginación. Un país sin energía económica. Un país de funcionarios. Un país de amigos. Un país de colegas y al enemigo ni agua. Un país en donde la creación de la idea del enemigo es consustancial a su historia. Un país sin generosidad para el diferente. Un país en donde la gente camufla su ideología y es tan eficaz el camuflaje que la gente acaba por no saber qué quiere. Un país inclinado a la hipocresía a causa de la pereza. Un país con pereza intelectual. Un país sin curiosidad. Un país sin promiscuidad de todo tipo, sexual, cultural, política, artística, visual, arquitectónica, literaria, económica. Un país de gente que ambiciona dinero, y solo dinero, y nada más que dinero como toda forma de plenitud intelectual y moral, pero que no sabe cómo ganarlo, y lo roba. Un país que necesita hacer fracasar a sus ciudadanos para sentirse país. Un país en el que me sentí fracasado. Un país en el que no fui feliz y ahora descubro que la culpa, como siempre creí, no era mía. Estados Unidos me dijo que la culpa no era mía, pues yo puse todo de mi parte, que abrí mi corazón de par en par, que di mi corazón a cambio de bien poco. Sé que me arrepentiré de haber escrito esto, porque yo amo profundamente a mi país, pero no me sentí correspondido o no me bastó con los besos que me dieron, y yo-quería más.

Y me fui, como el marido o la esposa que en su matrimonio no encuentra todo el amor del mundo.

Estados Unidos me ofrecía la desaparición, desaparecer un rato, descansar de mi identidad española, acercarme al desvanecimiento, a la profundidad del aire sin cuerpo. Un descanso, un momento de lóbrega penetración en un *basement* privado. El enorme placer de ser un completo desaparecido, un don nadie, un ser anónimo, un zombi, un cuerpo erguido que camina por un bosque de Iowa.

Dejar de ser, al fin, español, y no para ser otra cosa, sino para no ser nada.

Un cuerpo sin nacionalidad y deseando ser solo un hombre que pasea por América con unos *headphones* en donde suena la voz de Johnny Cash.

Hay una palabra moral que sirve para concretar mi relación con España y con cualquier construcción nacional o colectiva, y me costó encontrarla. Ya la tengo: desistimiento.

No se trata de cambiar de país, sino de descansar de todos los países, de todas las naciones. Y hacerlo por envejecimiento propio, no por inquina ni por ideología ni por rigores intelectuales, sino por agotamiento.

Desistí de lo que fui. Desistí de una identidad que nunca fue mía, la identidad que me dio haber nacido en un país como España, haber crecido allí, haber vivido allí, haber estudiado allí, haber publicado libros allí, haber res-pirado allí, haberme convertido en lo que se esperaba o se dijo de mí, y haberme dado cuenta de que todos esos haberes, sumados, daban como resultado una pena, una condena y una esclavitud.

Un desistimiento humilde, jamás arrogante. Un desistimiento amable, tranquilo, pero en donde aún late una enorme y salvaje pasión por la vida, pero por otra vida, por una vida más libre, por una vida imprevisita.

Me construí mi propio *basement* moral. Y allí me quedé, en mi *basement*, en donde se hablaba español. Y donde había amor, amor hacia mí mismo, que es el mejor amor.

No se puede ser europeo toda una vida, por eso se fundó América. Para dejar el abrigo europeo en el colgador del armario de la entrada. América era el sitio para una reinvencción pronosticada en nuestros genes más febriles. América era el lugar del asombro. Así la pensó Franz Kafka en su novela del mismo título. Recuerdo cuando hace más de veinte años leí por primera vez la novela *América* del escritor checo. Leí esa novela en un pueblo de España, de cuyo nombre ahora mejor no me acuerdo. Me fascinó esa invención alegórica de Estados Unidos. Leía esa novela todas las noches, en un piso de ese minúsculo pueblo, frío y desolado. Cada diez páginas leídas sonaba la campana de la iglesia, porque mi casa estaba al lado de la iglesia. Era invierno, que es la estación de la verdad. Nunca pensé que ese invierno español acabaría en el gran invierno americano que estoy viviendo en este instante. El invierno del Midwest es duro como la estirpe de la que yo procedo, viejos amadores del frío, de la nieve y la ventisca.

Kafka jamás estuvo en América. Kafka jamás estuvo aquí, y sin embargo adivinó qué era América. Kafka describió una estatua de la Libertad con espada en vez de con antorcha.

No existía Google entonces. Los estudiosos creyeron que Kafka se ponía simbólico y trascendente, pero Kafka no tenía forma de documentarse. No había visto nunca ninguna ilustración de la estatua de la Libertad, o si la vio la recordó mal. Título así este libro por Kafka, el hombre que vio la estatua de la Libertad portando una espada, y no una antorcha.

Una espada amenazante o salvadora, eso ya no sabemos, no sabemos si la espada nos defiende o nos acuchilla, porque como decía Chyck Berry: *you never can tell*. Y por otra parte, ya no sabemos qué es el bien y qué es el mal.

Se están borrando las fronteras.

Pero hay una que no se borra: la frontera que va de lo muerto a lo vivo, y aquí, en América, la vida triunfó, la vida instantánea, la vida sin atributos, y de eso sí me enamoré.

La vida sin prestigio, eso fue lo que me sedujo, de eso me enamoré como un paleta.

Pensé que en América el fracaso no existía.

MV

Iowa City, octubre de 2016

bida y aceptable de la risa. Es risa enlatada. Para eso, me quedo con *La casa de la pradera*, aquella serie de los años setenta. Pero debe de haber ya millones de seres humanos sobre la tierra que no sepan qué era *La casa de la pradera*, porque todo es hijo del tiempo. Y *Los Simpson*, como *La casa de la pradera*, pronto serán humo, recuerdos audiovisuales de una época inexpressiva.

Tengo a mis pies las aguas del Mississippi.

Me siento a su lado y, aunque está helando, me quito las botas, me quito mis calcetines de lana, me remango los pantalones hasta las rodillas y entro en el río. Siento una puñalada honda en los pies y agujas clavándose en mi carne. Pero aguanto y entro un poco más. Siento que mis pies se hundan en un barro helado, podrido.

Hola, Missi, digo, he venido a verte.

He venido a verte porque tú siempre has estado aquí. Necesitaba estar al lado de algo que no muere, eso es, sí; o algo que no se muere del todo, quise decir.

Dios, qué ganas tengo de nadar en tus aguas, Dios santo, qué ganas, qué deseo de ti, de nadar en ti hasta la consumación del peligro y la segunda venida de Jesucristo, que está al caer.

Houston

Volamos de Cedar Rapids a Denver. ¿Dónde está Denver? Eso es Colorado, dice Ana. La palabra Denver hace que recuerde al gran cantante *country* John Denver, que fue piloto y que se precipitó sobre el Pacífico en un avión minúsculo y se abrasó vivo. Tenía un aspecto juvenil, con ese pelo rubio adolescente que le daba un toque inconfundible de inocencia, con gafas y camisa de cuadros. Aún se venden vinilos de John Denver en los mercados de discos usados en Madrid. Un apellido de músico y una ciudad. El músico está muerto, pero la ciudad vive. ¿Quién recuerda a John Denver? ¿Quién me recordará a mí? ¿Quién recuerda a nadie? Las ciudades permanecen, pero sus ciudadanos se marchan, y vienen otros ciudadanos. La conexión entre ciudad y ciudadanos es una ficción.

El aeropuerto de Denver es euforizante. Hay una actividad frenética. Los aeropuertos estadounidenses compiten en estrellato con sus propias ciudades. Puede que el aeropuerto de Denver sea más excitante que la ciudad de

Denver. Nos topamos con una sala circular que distribuye vuelos a distintas ciudades americanas. Tenemos que volver a Houston porque allí es donde se celebra un congreso de literatura al que nos han invitado.

Houston es solo una opción.

El aeropuerto de Denver es como un distribuidor de destinos, como una rotonda de tráfico, solo que en vez de cuatro posibilidades, tendrá unas cincuenta. Tengo delante puertas de embarque a Cleveland, a Los Ángeles, a Nueva York, a Miami, a San Francisco, a El Paso, a Chicago, a Las Vegas, a Atlanta, a Boston, a Filadelfia, a San Diego, a Washington, a Nueva Orleans, a Seattle y a Phoenix. Quisiera viajar a todas a la vez. Es terrible tener que ir a una sola. Es terrible no tener el don de la ubicuidad. Estados Unidos te recuerda constantemente que no ser ubicuo te convierte en un retrasado mental. De ahí el simbolismo del *Air Force One*, el célebre avión que utiliza el presidente. Ese avión todopoderoso está al servicio de la idea del desplazamiento vertiginoso. No es el don de la ubicuidad, pero casi.

Ese avión simboliza la posesión del cielo. El cielo también es nuestro, también es de los Estados Unidos, que son el mundo.

Ok, vayamos a Houston.

Nos vienen a buscar al aeropuerto, qué alegría más grande. Me encanta que me vengán a buscar al aeropuerto. Y el carro es nuevo. Qué bien huele. Los coches en Estados Unidos casi siempre son nuevos. Y nos hospedan en un Hilton. Mi sueño sería vivir en todos los Hilton de la tierra. Un Hilton te causa felicidad de manera inmediata. Me gustan mucho las mesillas de noche de los Hil-

ton, son grandes y de madera; y me gustan las lámparas de las mesillas, con tulipas agigantadas, y con enchufes en la base, lo que te permite recargar el móvil cómodamente; está todo estudiado para que te sientas muy bien.

Los Hilton reproducen en cada una de sus habitaciones la sensación de un hogar. Parece que tengas un hogar, un destino en el mundo. Pareces un secretario de Estado. Pareces incluso el presidente. Pareces el protagonista de algo. El Hilton te da un destino importante, la ficción de un destino. Tener un destino en las jerarquías políticas y profesionales del mundo occidental sirve para no tener miedo. En un Hilton no tienes miedo.

Miro la ciudad de Houston desde mi habitación acristalada a prueba de balas. Y pienso en las legendarias misiones espaciales a la Luna. Veo rascacielos, que son como gigantes infantiles. Me gustaría alargar mi brazo y mi mano hasta ellos y acariciarlos. «Qué bonita eres, Houston», digo. «Tú tampoco estás mal, Vilas», dice Houston. «Anda, hazme lo de *Houston, Houston, tenemos un problema*», le digo yo a la ciudad de Houston. Y ella me dice: «Houston, Houston, *we have a Vilas*». Y nos reímos los dos: Houston y yo. Necesitaba comprender la ciudad, iniciarme en Houston, no sé, tal vez por eso pensé en esa tontería de frase que hizo famosa esta ciudad, esa frase atribuida al astronauta Jack Swigert, al mando del *Apollo 13*, y pronunciada el 13 de abril de 1970, el año en que hice la primera comunión.

Hay un montón de poetas en el Internacional Literature Festival. Desayuno a las diez de la mañana con el poeta peruano Miguel Ángel Zapata, que es profesor en Nueva York. Desayunamos quesadillas y huevos rancheros y

salchichas y salmón y una mandarina anticlimática. Y a las doce, según reza la programación, hay una comida en un restaurante mexicano. «Varnos a engordar, ¿eh, Miguel Ángel?», le digo.

Todo Estados Unidos es una celebración de la comida. Es la muerte del hambre, solo que la muerte del hambre se convierte en otra muerte tan horrible como la muerte por hambre. Los rascacielos de Houston son como las torres de los castillos templarios. El *downtown* es una fortaleza medieval. Los rascacielos no son necesarios, por eso son poesía. Están allí para exaltación de la condición humana, son el elogio de la voluntad. Conozco en Houston a varios poetas latinoamericanos actuales: al colombiano Federico Díaz-Granados, con quien tengo amigos comunes como el poeta Ramón Cote, al mexicano Eduardo Langagne, con quien hablo de Octavio Paz, a la puertorriqueña Madeline Millán, a la venezolana Edda Armas y al ecuatoriano Milton Romero. En cuanto oigo ese nombre, pienso en qué tal quedaría si me llamase Milton Vilas. Queda bien. Me gusta probar nombres nuevos, entrenar nombres como quien estrena zapatos. Ana lee poemas de su nuevo libro en Houston.

Los escritores y profesores de español que viven aquí me hablan de la vida en Houston. Nadie sabe dónde comienza ni acaba la ciudad. Alejandra González es canaria, y profesora en la universidad estatal. Alex, su novio, es surfista y tiene origen latinoamericano, y está recuperando su español. A veces el español se pierde en el paso de las generaciones. El cónsul español charla con los escritores. El cónsul es un hombre tranquilo, afable. Le digo que a mí siempre me hubiera gustado ser cónsul, como el que

sale en la novela de Malcolm Lowry *Bajo el volcán*, aunque tal vez como ese no. El cónsul habla de los españoles que viven en Houston. Comenta que la empresa que ha construido el tranvía es española.

Me gusta ver Houston desde mi habitación del Hilton. Houston no llegaba a los dos mil habitantes en 1850 y ahora tiene más de dos millones, de los cuales aproximadamente más de un millón y medio son extraterrestres importados por la NASA. Los marcianos de Houston hacen prácticamente lo mismo que los marcianos de Madrid: trabajar, vivir y envejecer. Vivir consiste en conducir un carro grande por las enormes autopistas que abofetean Houston. No se sabe muy bien adónde va la gente. Van a sus casas. Pregunto a Alejandra y a su novio por el casco viejo de la ciudad. No hay casco viejo. Entonces pregunto por la plaza Abraham Lincoln. Tampoco existe tal lugar. No hay centro en Houston. No existe la Puerta del Sol en Houston. Bien, no hay Puerta del Sol, pero me gusta la luna.

Me gusta escribir en el papel timbrado del Hilton de Houston. Es un folio de alto gramaje.

Escribo mi nombre.

Son las dos de la madrugada. Y a esa hora me nace dentro como un vampiro, como un ser derrotado y melancólico. No un vampiro, sino un zombi. Así que comienzo a pensar en mi pasado, en aquella época amarga de mi vida en que hablaba con Jesucristo y con Nietzsche. Una conversación entre dos *celebrities* de la historia y de la cultura y un ser anónimo, y yo era, obviamente, el ser anónimo, o sea el zombi, porque no hay ser más anónimo que un zombi, y hab abarnos los tres como tres buitres al

unísono, los tres desesperados porque no venía el Juicio Final y la Historia permanecía absuelta.

Jesucristo es una celebridad en Estados Unidos. Johnny Cash creía en él, y yo creo en Johnny Cash, pero no en Jesucristo. Las creencias tienen sus laberintos. Bob Dylan también creyó en Jesucristo. Los famosos cientos pasajeros del *Mayflower*, que fundaron América, eran todos cristianos. Cristo es importante en USA. Dylan lo sabía, o lo sabe. En América a Jesucristo le dieron una vida alternativa. Se convirtió en una estrella. El Jesucristo de Estados Unidos es muy distinto del de Europa. El Jesucristo de Estados Unidos es pendenciero, arrogante, endemoniado, violento, temerario, tabernario, multimillonario, generoso, atrabiliario, cinematográfico, alcohólico, analfabeto, negro, chino, sucio, pistolero, absurdo, redentor y blasfemo. Es normal que te guste el Jesucristo *made in USA*. Es normal que no te guste el Jesucristo *made in Europe*. Y el *made in Spain* ni te cuento.

Muchos de los amantes incondicionales de la música y de la voz de Bob Dylan, pienso, ya se han ido de este mundo, ya se han ido a ver a Jesucristo, ya están enterrados en renovados y remodelados cementerios estadounidenses, o tal vez fueron incinerados y sus cenizas esparcidas en el Atlántico o en el Pacífico tras alguna ceremonia vagamente melancólica, cursi y poética, en la que no fallaron los acordes de «Knockin' on Heaven's Door».

La gente se muere, pero Dylan no se va de este mundo. Ya no es útil la palabra *fan* para describir a un seguidor apasionado de Bob, esa palabra está gastada, es inexpressiva e insignificante; deberíamos usar la palabra *enamorado*.

Tras la Segunda Guerra Mundial, la industria cultural estadounidense construyó el mito legendario de la autenticidad, de lo legítimo, del ídolo de masas, pero de masas exigentes y «enrolladas», un producto popular sin fecha de caducidad. Lo hizo con Elvis, y lo repitió con muchos más.

Jesucristo siempre ha estado detrás de la iconografía americana. ¿Qué piensa a día de hoy Dylan de sí mismo? ¿Qué piensa que está haciendo cuando se sube a un escenario? ¿Qué cree que está ofreciendo a la gente que paga una entrada? Parece un fantasma amable que se arrastra por el mundo, fiel a una creencia residual: la música, intentando encontrar en las guitarras, en los pianos, en los bajos, en las baterías una razón que justifique el acabamiento presente y la vida gastada.

En Estados Unidos todo el mundo sabe quién es Bob Dylan. ¿Cuántas veces habrá cantado aquí, en Houston?

Al capitalismo artístico no le hace ninguna gracia el poder igualatorio de la muerte y del envejecimiento. Lo mismo se mueren los rockeros de éxito que los rockeros fracasados, como ya dio a entender Jorge Manrique. La industria geriátrica exhibe a través de Mick Jagger, y también de Dylan, sus últimos avances, sus últimos prodigios. Hemos asistido a la creación de un inédito producto moral: el alargamiento de una vaga y crepuscular idea de la juventud, expandida hasta la edad septuagenaria. Los grandes del rock invierten sus fortunas en investigaciones capilares, en implantes óseos, en resurrecciones cardiovasculares, en crecimiento de la sangre, en fortalecimiento de hígados, riñones y pulmones, en endurecimiento de uñas de pies y manos, que se llevan a cabo en sofisticados y privados departamentos de medicina de recónditas uni-

versidades estadounidenses. En la Universidad Rice, aquí, en Houston, hay un departamento secreto de investigaciones geriátricas avanzadas, de carácter privado. Ni una cana que no esté previamente diseñada ni una entrada en el cuero cabelludo que sugiera ni por asomo el comienzo de la calvicie. Cuerpos delgados, en almas que atesoran fortunas económicas y morales. Los mesías del pop convertidos en vampiros.

¿En qué gastar tanto dinero acumulado en estos últimos cincuenta años de éxitos universales? No perdonaríamos ni una incipiente barriga. Ni un kilo de más en los cuerpos de Dylan, de Jagger, de Richards, de Bowie. Pagamos por vosotros a condición de que comáis lechuga hipberbiológica y yogures desnatados y orgánicos. Para que os quedéis con nuestra carne, tenéis que renunciar a comer carne. Elvis se murió porque engordó. Engordar es el gran pecado en esta escena nueva de la cultura popular. El que engorda, se muere. El que se queda calvo, se muere.

¿Qué puede ambicionar Bob Dylan hoy? En la cima del capitalismo trascendental, al que conduce el éxito legítimo del arte, ¿qué hay? España solo es un país colonizado, como tantos otros. No sabemos producir leyendas históricas. Solo hacemos, con suerte, literatura y de vez en cuando nos dan un Premio Nobel, cada treinta o cuarenta años. Si el mundo entero te ha concedido setecientas matrículas de honor en arte, cultura, música y santidad moral laica, como a Dylan, ¿qué hacer? Bob se concen-

1. Coincide la revisión de este texto con la concesión del Premio Nobel de Literatura a Bob Dylan.

tra en sus discos, y la crítica especializada siempre dice que sus últimas canciones son inesperadas obras maestras, las mejores de su carrera, y es verdad. Pero lo mejor no importa. El último disco de Dylan son versiones de canciones de Frank Sinatra. Son juegos dylanianos para aplazar la muerte; juegos que exaltan los directivos de las discográficas y los críticos y los managers para mantener viva la idea de que aún es posible un futuro. Pero el rock no produce novelas ni ensayos enjundiosos. El rock es energía de la vida, no de la inteligencia. No nos interesa un Dylan inteligente, para eso ya nos apañamos con la bonita arqueología de la literatura. Y para eso ya está Jorge Luis Borges o cualquier otro. Enriquécimos a Dylan cuando compramos todos sus discos y cuando fuimos a todos sus conciertos a condición de que renunciara a la inteligencia y al conocimiento.

Nos interesan la alegría y los instintos. Eso fue el rock: la monumentalidad de la alegría. Era sentimiento, no pensamiento. Por poseer la alegría, seríamos capaces de matar.

Porque la alegría es más poderosa que la inteligencia. Con Hegel o con Borges no puedes bailar, no puedes fornicar.

Con Dylan, sí.
Fornicamos históricamente con Bob Dylan de música de fondo.

Nos dimos cuenta de que la inteligencia era una construcción cultural más, como la religión. Nos dimos cuenta de que la profundidad era una superstitión universitaria. Y el rock era un «no» permanente al aburrimiento y a cualquier forma de convencionalismo histórico.

¿Con quién habla Bob Dylan todos los días? ¿Con sus hijos? ¿Con su manager? Tal vez no hable con nadie. Tal vez solo vea la televisión. Tal vez solo esté, y el simple hecho de estar explique su vida de hoy. Además, los amigos se han muerto. Se murió Johnny Cash en 2003 y se murió con solo setenta y un años, con tres menos de los que tiene Dylan hoy. Se murió George Harrison y se murió Lou Reed. ¿Qué piensa Bob cuando los colegas se van de gira con los muertos? No piensa nada, simplemente viaja y sube a un escenario.

Decide no pensar.

Para no pensar que se está muriendo.

Porque se está muriendo, pero los Estados Unidos permanecerán, durarán, continuarán. Tras su muerte, el país prevalecerá.

Ningún ser humano puede con su muerte paralizar una nación. Al menos, hoy. Ayer, sí, en el ayer de los tiranos.

¿Pagaría el Bob Dylan de 1965, el que escribió «Like a Rolling Stone», por ir a ver a un palacio de la música de una ciudad perdida al Bob Dylan de este 2015? Seguimos yendo a verle, claro, y pagamos la entrada.

¿A quién vemos? ¿A un zombi?

En el negocio de la alegría es imprescindible pagar la entrada. Los asépticos escenarios de repetidas capitales del mundo son el lugar que Dylan ha escogido para la celebración del envejecimiento. Ya no queda nada de la alegría de los años sesenta y setenta. Todo el mundo occidental pensaba que existía el futuro. Eso ha sido el pop: una fantasía que nos dio razones para vivir más. Se han cumplido cincuenta años de una de las canciones más grandes de la historia, cincuenta años de «Like a Rolling

Stone». La gente se enamoró con esa canción. La gente necesitaba oír esa canción todo el rato. Nunca habíamos oído algo así. Parecía que el Amor venía a este mundo en forma de canción. Como dice Philip Roth: «Envejecer es unimaginable, excepto para quien envejece». Pero la razón última de que Bob Dylan continúe cantando es bien sencilla: salud, aún tiene salud. La salud es la enamorada. La salud es lo que importa ahora. La salud es el portento y lo único deseable sobre la faz de la tierra.

La salud es el poder.

Oh, Bob, qué viejo estás, pero aún tienes salud, aún eres tú y sigues vivo y te amamos.

Seguro que mañana o pasado mañana aterrizas en Houston y das aquí un concierto. Y conviertes el «Houston, Houston, *we have a problem*» en «Houston, Houston, *we have a poem*».

Ha venido a buscarnos el cónsul español de Houston. Nos invita a cenar. Vamos a un restaurante español. El cónsul conoce al dueño. Dice el cónsul que la comida española está de moda en Houston.

Estamos ya sentados en el restaurante cuando ocurre algo increíble, una casualidad que hace que el mundo parezca fruto de la voluntad y no del azar. El dueño del restaurante está nervioso, muy nervioso. Tan nervioso que nos habla en inglés. Nos aclara lo que pasa, nos pide discreción absoluta: un hijo de Bob Dylan está cenando allí, en un reservado *upstairs*, con su mujer y sus hijos, que serán los nietos de Dylan, los nietos que recibirán las caricias y los besos no de Bob Dylan sino de un septuagenario cualquitera.

Chicago, I

De regreso al Hilton, me quedo mirando por los ventanales de mi habitación, y siento esa lucha horrible entre pobreza y riqueza, esa lucha en donde se nos va la vida, porque no existe la salvación personal, no existe la solución privada. Por muy buena que sea tu vida, de nada sirve si tu vida se cumple en mitad de la tristeza de millones de seres humanos.

El demonio de la noche en Houston.

El hijo de Bob Dylan y el arroz con bogavante que se comió.

Los restos del bogavante con restos de ADN del hijo de Bob Dylan en un contenedor de basura, que acabarán en las aguas del golfo de México.

La avenida Michigan es Chicago. Vamos a Macy's, que es el paraiso de la abundancia en la tierra. Por fin, en la segunda planta de los almacenes Macy's, me es dado contemplar toda la saga de los célebres pantalones Levi's. «Están todos aquí, señor», me dice el dependiente, que es mexicano. «¡Seguro que están todos, seguro? Es muy importante para mí», pregunto yo. «Seguro.» «¡Trémelo por la Virgen de Guadalupe.» «Ay, señor, ya eso yo no lo puedo hacer.»

No es bueno para el alma pensar que solo existe *the original*, es decir, el Levi's 501, que por cierto es el más caro.

Porque están también el 511, el 513, mal número, el erótico 569, el redondo 560, o el 527. Me iba a comprar el 527 en honor a la generación del 27, todo es literatura en mí, pero Ana me dice que me espere al *Black Fridays*, que es pasado mañana.